

Yo fui a los Padres

Escuchar esto en Novelda es sinónimo de que has pasado por el Colegio Padre Dehon de los Padres Reparadores. Situado entonces (año 1950 y demás) su acceso por la calle Marqués de La Romana, un pasillo estrecho conformaba su entrada hasta llevarte a un zaguán desde donde nacía una escalera que accedía a las dos plantas de las cuales se componía el edificio. Las aulas de abajo, dos, una de ellas amplia, muy amplia (“el estudio”, se llamaba, porque entre clase y clase permanecíamos allí estudiando), quedaban a la izquierda. Estaba, el estudio ocupado con pupitres de dos plazas y en cada uno de ellos, claro está, dos alumnos que indiferentemente en edad, forjaban, por su cercanía durante todo un curso codo con codo, una relación de amistad y afecto. Igual podías estar en el primer curso de bachiller y tu compañero en séptimo, sexto o quinto, con la diferencia de edad que eso suponía. Con todos revueltos allí, se abría la puerta, entonces el profesor encargado de la clase llamaba al curso que le correspondía y los que conformábamos el grupo, (éramos nueve solo en mi curso), subíamos al aula de los pisos superiores donde se impartían las clases.

En aquel tiempo era el colegio solo para chicos, pero a final de los cincuenta, comenzaron a admitir chicas.

Recuerdo que... Recuerdo, recuerdo, ¡tanto recuerdo que necesitaría mucho espacio para relatar tanto recuerdo! Pero recuerdo, digo, que era tradicional hacer una excursión al monte de El Cid allá sobre el mes de noviembre de cada año. Los más “peques” quedaban al pie de la Serreta, cara norte, y los mayores ascendían al pico del Cid. Se madrugaba para esa excursión, pero ¡Qué ilusión suponía! Desconozco si se sigue haciendo, pero sería bonito recuperarla si no. Era emblemática y característica, propia del colegio. Subir a la cima era una proeza y su recompensa consistía en coger algún ramito de madroños por los alrededores. Desde entonces les tengo simpatía a esas pequeñísimas y redondeadas frutas.

El curso finalizaba. Todo empieza. Todo termina. Y terminaba con el examen final del curso. No sé por qué razón había que examinarse en Alcoy. Allí estaba el instituto en el cual tenías que demostrar que habías sido buen estudiante y aprovechado el curso. Era un examen presencial, bis a bis: preguntaban y respondías. Y si las respuestas coincidían con las preguntas, estaba claro que te aprobaban. Estaba allá D. Guillermito. Era famoso y temido por una pajarita que llevaba en el cuello de su camisa y... por su exigencia en el tono de las preguntas. También aquí para ir allá había que madrugar, pero no importaba. Aún a costa de llevar dentro alguna inquietud por la prueba final, suponía un día completo de excursión, cosa muy rara en aquellos tiempos por la carestía propia de la vida. Se comía en el hotel Reconquista, y eso de comer en un hotel en aquellos tiempos era un lujo, como se puede suponer.

Al ir: autobús, alegrías, temores, rezos ¡en verso y todo!: “Virgen santa, Virgen pura haz que me aprueben de esta asignatura”. Al volver: desahogos, cantos, risas, comentarios, dudas y a

esperar las notas del examen. Del uno al cuatro: suspenso. Del cinco al diez: aprobado y según fuera el número más alto, más categoría de aprobado.

No quiero dejar pasar lo que era el patio del recreo que más o menos coincide con el actual. Entonces era de tierra y en sus laterales todavía se veían las columnas y hornacinas de los altares de lo que había sido la iglesia, destruida durante la guerra. Allí se forjaban amistades y jugábamos al fútbol y al “tafarrot”, esto con una pelota de medidas parecidas a las de tenis, hechas con trapos y trozos de cuero, que nos las tirábamos con fuerza unos a otros y que en algunas ocasiones daban verdadero dolor, pero como en cualquier tío vivo, nos empeñábamos en ver quien daba más fuerte. En ese espacio también jugaba el equipo de fútbol del Novelda sus partidos oficiales cuando no existía el actual estadio. De ese recreo salió la aureola del Atlético Veneno club de fútbol, compuesto por alumnos del colegio, con prestigio de buen futbol y trampolín de buenos jugadores que ha habido en Novelda. También había un frontón para que los curas -la mayoría del norte de España- pudiesen jugar a la pelota y así mismo se habilitó un medio campo de baloncesto en la parte alta del terreno, donde parecía que había existido una cerámica porque se hallaba una de esas altas chimeneas características de esa industria.

Recuerdo que.... Tantos y tantos recuerdos que han conformado mi vida y la de muchos, que hago presente con cariño y agradecimiento a todos quienes de alguna manera influyeron en mí y marcaron mis caminos por la vida: Padre Sanz, Padre Ortigosa, Padre Jiménez, Padre Nazario, Don Manuel Alberola (comerciante), D. Adrián López (jefe de telégrafos) y D. Manuel Hernández, (administrador de correos) estos tres últimos civiles ilustres que ante la escasez de profesores, todos ellos nos daban los conocimientos y cultura a los componentes de mi curso.

Y cuando me preguntan a qué colegio fui, yo con orgullo digo: A LOS PADRES REPARADORES.

Gracias y un abrazo.

Pepe Albeza Vidal